

ANALISIS POLITICO

¿Qué queremos hacer con nuestros jóvenes?

por Diego Martínez

Mientras el país apunta a empantarse otra vez en las discusiones de una Rendición de Cuentas, varios temas le siguen reclamando atención más allá de lo coyuntural. Una casi morbosa actitud de hacer girar todas las energías uruguayas alrededor de alternativas que debieran resolverse en un par de reuniones, anteponen su importancia a problemas realmente merecedores de la angustia nacional, de la discusión pública y —cómo no— hasta de la confrontación de ideas.

Hay una angustia trascendente que desfila sobre el alma del Uruguay desde hace treinta años. Sus jóvenes —que no son como lugarcomunesmente se suele afirmar: “el futuro”, sino sobre todo el presente del país— irremediablemente se van. Las oportunidades son para pocos, aunque digámoslo, tampoco eso es todo el tema. El tema es ¿para qué ser joven en el Uruguay?

Niños y ancianos

Hay una reflexión cotidiana de los uruguayos, que tiene que ver con la bondad de este país para hacer tranquila y respetable la vida de sus viejos. También, con las cualidades de esta tierra para la crianza de los niños. En pocas palabras: en el Uruguay los ancianos viven tranquilos (con toda la relatividad que el término merece) y los niños no crecen entre problemas de guerra, de raza, de religión, de hambruna o de peste. En este sentido, la expectativa de ambos sectores sociales respecto a la oferta del país es muy firme. Se sabe lo que el Uruguay da, y lo que además se esfuerza por dar en términos de proyecto, tal como ahora viene sucediendo a nivel de política de infancia. Pero corresponde preguntarse ¿y desde los quince hasta los treinta años, qué?

No debe evadirse el pensamiento de la reflexión sobre que un país



en que sus jóvenes emigran es un país que empobrece y envejece, pero un país en que los jóvenes que se quedan igualmente desean irse, es un país en riesgo.

Puede que para algunos resulte sectario pensar el país en términos de ciudadanos “jóvenes”. Sin embargo, la juventud existe como sujeto y como objeto de atención proyectiva, aquí y en cualquier parte. En cuanto conjunto de individuos, distinguibles como porción etaria y con expectativas (o por lo menos aspiraciones) específicas, los jóvenes llevan atados los sueños del país a sus destinos. Cuando el destino de un joven es la emigración, el país se vuelve menos soberano; cuando los jóvenes deben esperar más de diez años para que en términos laborales se admita empezar a discutir la importancia de la “experiencia”; cuando los muchachos que se aprestan a elegir orientación estudiantil, efectivamente eligen pero luego se preguntan “¿para qué?”; es en estas instancias, lamentablemente, que empezamos a reflexionar con angustia que no hay proyecto de país sin proyecto para sus jóvenes.

Juventud, proyectos y responsabilidades

Semanas atrás JAQUE reprodujo declaraciones del Director del diario “El País” de Madrid, Juan Luis Cebrián, en reportaje concedido a “El Día”. Empezando por la conclusión a la que Cebrián llegó, transcribimos: “Ahora tenemos un problema, y es que hemos envejecido todos, con una media que debe ser de 35 ó 36 años”. El dato resulta refrescante a estar a los logros alcanzados por este periódico español que se ubica entre los mejores del mundo. Pero se vuelve ejemplar, cuando leemos el inicio de su declaración: “Hay que tener en cuenta que la media de la edad de la redacción era de 27 años cuando salió el periódico”. Resulta necesario reparar y apreciar la calidad y nivel de esta publicación, que cuenta con

diez años de vida, para concluir que pocas cosas o ninguna le están impeditas a los jóvenes. Y aún más: muchas veces sus esfuerzos y proyectos se vuelven “cara” de la tierra que les alberga y vio nacer como sucede con el diario “El País” respecto a España.

En el Uruguay, históricamente los proyectos políticos han estado sustancialmente vinculados al desempeño de roles prioritarios y protagónicos por parte de hombres jóvenes. Así, cuando la revolución independentista, muchachos de 25 años comandaban las tropas de Artigas. A la hora de meter al país en el siglo XX, Batlle y Ordóñez tenía al lado, entre otros, al joven Brum. Y qué decir de Luis Batlle, que incorporó al escenario político del Uruguay a una extensa generación de jóvenes brillantes, varios de los cuales hoy gobiernan.

Parece rescatable la percepción de que las expectativas de los jóvenes en el Uruguay, tuvieron en el gobierno y en el Estado —mientras éste fue rico— la generosidad de un gran escenario donde echar a rodar sus sueños. De este modo dichas expectativas de la juventud tuvieron un fuerte ingrediente mítico (de creencia positiva), en cuanto a que el proyecto que el país transitaba en cada circunstancia histórica, les asignaba un rol vanguardista y fértilmente productor. ¿Alguien se imagina a Brum emigrando? (No se fue ni por causa de dictadura y para hacer que ésta fuera más corta se quitó la vida aún fresca. Don Frutos se fue varias veces, pero volvió siempre. Hasta para morir).

Juventud, sociedad civil y Estado

El estrechamiento de la generosidad estatal, conclusión que todos los uruguayos debemos asumir, impone hoy una nueva inserción del rol de la juventud en la relación sociedad civil-Estado. Si hasta hace 30 años, la prodigalidad de las estructuras estatales facilitaba el montaje de una simbología luminosa para las expectativas de los jóvenes, hoy las cosas han cambiado.

A la vista está (según se desprende del destino geográfico que cupo, en los últimos 20 años, a cientos de miles de uruguayos) que las referencias de nuestros jóvenes están ligadas a una simbología de *oportunidades y movilidad*. Durante un buen período de su historia el Uruguay emitió estas dos señales, haciéndolo fundamentalmente desde la órbita estatal. En esa época el país tenía que ser inevitablemente de inmigración. Debilitadas que fueron dichas señales, el Uruguay se volvió lo contrario: sus hijos fueron a buscar oportunidades y movilidad a Bs. As., E.U.A. o Australia.

Hoy somos un país pobre y tenemos un Estado pobre. En patrimonio y en imaginación. La oferta de oportunidades que genera la sociedad civil, inevitablemente especula con la ventaja que le reporta encarar una enorme demanda, desde la utopía de los jóvenes. El Estado tampoco ayuda mucho, pues con su cortedad imaginativa insiste para que la sociedad civil apenas tenga que ofrecer “un poquito” de posibilidades, por encima de lo que aquél ofrece.

Vale la pena, entonces, reparar que cuando se propone —como JAQUE lo ha hecho desde su página editorial— pensar en líneas de crédito, promoción de vivienda, o proyectos de explotación agropecuaria, que generen señales especiales para los jóvenes o de incentivos en la administración pública para los funcionarios jóvenes capaces, ni la sociedad civil ni el Estado deben ser concebidos como ámbitos excluyentes.

Hay un amplio espacio de coordinación entre Estado y sociedad donde instalar los sueños de una juventud uruguaya, hoy incrédula aunque expectante. Y no se nos diga que es más un problema de dinero que de imaginación y coraje. En ese espacio además, sería esperanzador ver al Estado uruguayo y su sistema político, pasarle señales a la sociedad sobre que, por fin, la juventud en el Uruguay tiene proyecto.

Del edil sentencioso al columnista sibarita

Nuevamente el excelso periodista Pablo Aragón incursiona en estas páginas para destinarme algunas de sus opiniones.

Ante este inmerecido honor, siento la necesidad de efectuar algunas puntualizaciones, en modo de aclarar y poder concluir este episodio periodístico.

A) El Sr. Aragón tilda de “airada respuesta” al artículo que escribí el día 20 de mayo último. No es así. Fue una nota escrita con serenidad espiritual, y con un tenor razonablemente adecuado para la falta de respeto por el órgano Junta Departamental de Montevideo, que insistentemente aquel utilizó como método en su artículo inicial.

B) Menciona Aragón que desmerezco sus opiniones, calificándolas —según él— de injuriosas e inconsistentes. Sus opiniones destilaron injuria, y se desmerecen a sí mismas por el solo hecho de haberlas publicado. Destaco lo de “bufonada edilicia” como ejemplo de los múltiples agravios lanzados contra la Junta.

No hablé de inconsistencia sino de pobreza de argumentos, pero da

lo mismo. Eso lo juzgarán los lectores, si en definitiva consiguen descifrar algo de la nota sibilina de Aragón.

C) Por otra parte —no es ocioso señalarlo— Aragón sabe que edil se escribe generalmente con minúscula, como “cruz”, sin que con esto nadie se moleste. La institución Junta Departamental es la que se registra con mayúscula.

D) En cuanto a su desarrollo sobre los “intereses diminutos”, quiero detener ese reiterado afán de irse por las ramas, recordándole a Aragón que el proyecto actual se refiere a decretar honores a la cruz, que es propiedad de la Iglesia Católica; disponiendo por ley que permanezca definitivamente en el lugar de carácter municipal destinado al uso de todos donde se instaló por mera tolerancia.

Su proyecto de sacar las cruces de los cerros de Maldonado debería plantearse a las autoridades correspondientes (aunque dudo que le interese).

E) La Junta Departamental cumple con la Constitución respetando todas las religiones (incluso los cultos paganos, si los hubiere). Sin

homenajear a ninguna. Los cultos al membrillo —fruto que parece no agradarle a Aragón— o a cualquier símbolo, siempre en el marco del orden jurídico vigente.

F) La marcha de la “Racionalidad hacia la Tierra Prometida del Progreso” que originalmente expresa Aragón, más allá de poder coincidir en su dirección, puede provocar algunas dudas sobre su origen (intuyo en la misma elementos “espigados” de algún material esotérico que no tiene a bien citar).

Naturalmente no coincido en su interpretación a contrario sensu. No obstante si el Parlamento en descabellada iniciativa, impusiera alguna vez honores al Dr. Bastón —propuesta de Aragón— no estará seguramente acompañado por sus colegas solamente. Algunos parlamentarios de fuste —por indicar solo dos el senador Cigliuti y el vicepresidente de la República Dr. Tarigo— opinan en términos similares sobre la ofensa a la laicidad. Son de tener en cuenta para la estela recordatoria propuesta, y nadie mejor que el gran arquitecto Aragón para definir sus proporciones.

G) Lo sé a Aragón un hombre culto. Los puntos de vista que señalé en mi artículo son eminentemente políticos. Sin embargo, su análisis lejos de polemizar, está plagado de juicios aviesos que lo auxilian.

Somos seres de carne y hueso, y nuestros sentimientos y creencias religiosas a veces conspiran contra el propósito del análisis objetivo.

Convendrá conmigo Aragón que en el proceso civilizado de secularización por que atraviesan las sociedades abiertas y participativas, puede advertirse el abandono paulatino de símbolos y dogmas rectores.

Allí el hombre libre y sus órganos representativos se independizan de las influencias religiosas asegurándose el libre albedrío y la averiguación científica de la verdad.

H) Cordialmente, por último, le recomiendo que antes de insinuar acusaciones sobre adhesiones taoístas, yo en su lugar repasaría algunas de las mismas páginas históricas de este semanario por él indicadas en su artículo inicial.

Carlos A. Bastón (3)